



Lectio Divina

28° Domingo - Año C (Lc 17,11-19)

Juan José Bartolomé, sdb

La curación de los diez leprosos fue, con toda seguridad, un suceso fortuito en la vida de Jesús. Un día Jesús pasó por una aldea, en cuyos alrededores vivía un grupo de enfermos; iba camino a Jerusalén. No era su intención encontrarse con ellos: no los fue a buscar. Tampoco fue indiferente cuando ellos le rogaron se compadeciera de su enfermedad. El Maestro les hizo sentir su poder sanador, pero no le pareció que solo uno de ellos regresara a agradecerle porque fue curado.

Los 9 leprosos no fueron agradecidos ni creyentes; solo el que era samaritano, extranjero fue capaz de sentir la necesidad de reconocer el bien que recibió al quedar limpio de la lepra. Esta es la enseñanza que Jesús nos da en este domingo. También nosotros podemos perder la fe y la salvación, como la perdieron esos hombres por no reconocer que la salvación es un don gratuito que Dios da.

SEGUIMIENTO:

- 11. Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea.**
- 12. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos.**
- 13. y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.»**
- 14. Al verlos, les dijo: - «Vayan a presentarse a los sacerdotes». Y, mientras iban de camino, quedaron limpios.**
- 15. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos.**
- 16. y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano.**
- 17. Jesús tomó la palabra y dijo: - «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están?**
- 18. ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino solo este extranjero? »**
- 19. Y le dijo: - «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».**

LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice

Lucas recuerda un hecho casual acaecido durante la subida de Jesús a Jerusalén y lo presenta como una catequesis sobre la salvación y el camino para alcanzarla.

Aunque la iniciativa no parte de Jesús – su objetivo declarado es llegar a Jerusalén (Lc 17,11), – en el relato es él el protagonista. Su palabra domina la escena.

En los tiempos bíblicos se denominaba de forma genérica ‘lepra’ a una amplia variedad de enfermedades de la piel vistas como contagiosas; algunas eran curables y otras no.

La cultura bíblica habla de la lepra y de todo lo que tenía que hacer la persona que estaba enferma para reintegrarse a la vida social. Tenía que pasar por un riguroso examen médico y un ritual sacrificial en el Templo, por parte de un sacerdote, e invertir tiempo y gastos (Levítico 13- 14). ¿Eran frecuentes estas curaciones?

En la mentalidad rabínica la curación de un leproso era tan difícil como levantar a una persona de la muerte. Las posibilidades de recuperación eran mínimas. Quien estaba enfermo en su desesperación, trataba de salir de su aislamiento.

El episodio tiene dos escenas. La primera narra con brevedad la curación (Lc 17,12-14)). La enfermedad, terrible por el aspecto exterior y temible por el contagio que provoca, era vista como una maldición divina; imponía la total marginación – social y religiosa – de cuantos la padecían.

Los leprosos no pidieron su curación, sólo buscaban la compasión del rabino que pasaba por el pueblo. Jesús les ordenó hacer lo que mandaba la ley (Lv 14,1-4). Obedecieron a Jesús y caminaron como si ya estuvieran sanos.

Jesús quiso que se mostraran obedientes para dejarlos limpios. No fue ‘la ley respetada’, sino ‘la orden de Jesús cumplida’ la que provocó la purificación.

La segunda escena se centra en uno solo de los enfermos, el único que regresó ‘cuando vio que estaba curado’ y le agradeció al Señor lo que había hecho en él (Lc 17,15-19). El Maestro hizo notar que ese hombre era un samaritano.

Lucas presenta intencionalmente al alejado, al despreciado, al extranjero como auténtico modelo de fe. Los demás no volvieron porque, quizá, habiendo ya cumplido con la ley, se sintieron libres para reincorporarse a la vida normal, recuperando su familia y su trabajo.

El caso es que todos fueron ‘sanados’, pero uno solo se salvó. Regresó para alabar a Dios y agradecer a su sanador. Este segundo encuentro, en solitario y con dos buenas razones, le otorga lo que no había pedido, y Jesús le dijo: ‘tu fe ha sido la causa de tu salud’.

Los diez leprosos pidieron a Jesús compasión y fueron curados. Cuando el Señor actuó en ellos, sólo uno alcanzó la salvación, porque tuvo fe. Volvió para agradecer y para alabar a Dios.

Estos hombres le dijeron a Jesús 'epistatēs', palabra que significaba 'Maestro'. Lo llamaron como lo hacían sus discípulos (esta es una particularidad del evangelio de Lucas: Confr. 5,5; 8,24.45; 9,33.49).

Los leprosos estaban entre los que reconocían la autoridad de Jesús, y clamaban su misericordia.

Usaron la palabra, 'miserere' (Salmo 51,3ª) "en compasión de nosotros", la misma que se escucha individualmente tres veces más en los alrededores de este pasaje: en el rico epulón a Abraham (16,24), en el publicano arrepentido (18,13) y en el ciego de Jericó (18,38-39).

A lo largo del evangelio de Lucas se escuchan frecuentemente los gritos de socorro. Aparece el apelo al corazón misericordioso de Jesús. El tema de

la 'misericordia' vuelve a aparecer como característica del contenido y del estilo de la misión de Jesús en el evangelio lucano.

La frase de Jesús al leproso que vuelve a agradecer: "Tu fe te ha salvado" (17,19) confirma el tema de la "fe", en continuidad con la temática del "servicio" (del domingo anterior).

Estamos ante el dilema: ¿lo que Jesús hace por nosotros es un "derecho", algo que "tiene" que hacer, o una "gracia" que él nos ofrece?

La confrontación entre los nueve judíos, de los cuales Jesús preguntó "¿Dónde están?" (17,17), y el samaritano que, al volver, 'postrándose le agradeció' (17,16), es un mensaje para todos en este domingo. ¡Nos dice mucho!

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Jesús se detuvo ante quienes le pedían los viera con compasión. Los leprosos no tenían a su derredor en quien confiar. Llamaban la atención de quien pasaba cerca de ellos, y respetando la ley, gritaban para ser escuchados. Los enfermos no pidieron ser curados.

- ✓ **¿Qué tan sensibles somos a los clamores de nuestro prójimo? ¡Cuánta gente que tratamos está enferma y no tiene a nadie que se ocupe de su dolor! Estamos muy acostumbrados a pasar de largo ante el sufrimiento, porque nos parece algo normal, sobre todo porque no somos nosotros quienes lo padecemos.**

Jesús hizo una parada en medio del viaje. Diez leprosos le pidieron se fijara en ellos, pero se quedaron "a distancia". Esta brevísima indicación nos hace ver que ellos se encontraban fuera del pueblo. Sufrían una doble desgracia: su enfermedad física y también su marginación social y religiosa.

- ✓ **¿Qué tan capaces somos de ayudar a quien está fuera de nuestro círculo? ¿Nos damos cuenta quiénes y por qué es marginado y está fuera de nuestro círculo? ¿Qué hacemos contra la marginación?**

Jesús pidió a los leprosos se presentarían ante los sacerdotes y cuando iban de camino, quedaron sanos. Ellos se fiaron de Jesús y le obedecieron. Si una grave dolencia y la exclusión social en la que vivían los llevó a Jesús, la confianza en Él les devolvió la salud y la posibilidad de acercarse nuevamente a su familia.

- ✓ **También nosotros nos sentimos sol@s. ¿Le pedimos a Jesús que se fije en nosotros? Si nuestros males – físicos y morales – más repugnantes nos pueden llevar a Él, ¿qué ganamos con desesperamos?**

Los leprosos no fueron curados con un medicamento ni siquiera con un gesto de Jesús: Desde lejos les dirigió una palabra. Al obedecer a Jesús, fueron curados.

- ✓ **Si comprendiéramos el valor de la obediencia a lo que Jesús nos dice, nos recuperaríamos de nuestros males. Muchos pensamos que Dios no se interesa por nosotros. La obediencia a Dios mande lo que nos mande, nos libera de nuestras enfermedades. Jamás podremos conocer por adelantado cómo Dios quiere mostrarnos compasión, pero la obtendremos siempre que Él nos encuentre realizando lo que nos pidió hacer.**

Los diez obedecieron al Maestro y fueron curados mientras iban de camino hacia el sacerdote. La necesidad compartida les hizo encontrarse con Jesús y, siguiendo sus instrucciones, recibieron la completa curación. Sin embargo, sólo uno de ellos regresó a agradecer el don recibido; fue curado interiormente. Fue un creyente y buscó a su sanador.

Quien sabe reconocer los dones recibidos – sea una gran curación o una pequeña salvación – es creyente. Nueve hombres fueron curados y solo uno fue salvado. El samaritano reconoció la curación que Jesús le dio y quiso agradecerse. Su viaje de regreso, movido por su gratitud, es prueba de su fe en Jesús. No pidió misericordia, sino alabó y agradeció la vida, la salud, la alegría de poderse integrar nuevamente a su mundo.

- ✓ **¡Cuántos no tenemos la suficiente confianza en el poder sanador de Dios! ¿Cuántos no reconocemos, no agradecemos lo que Él hace en nosotros y por nosotros? ¿Por qué no le demostramos lo que significa para nosotros haber alcanzado la salud?**

Dios se muestra espléndido con quien le demuestra su agradecimiento: No sabemos con qué palabras el leproso de este relato le agradeció a Jesús, pero el gesto que realizó, dice mucho: 'se postró completamente ante él'. En el lenguaje de la oración corporal, este gesto indica sometimiento, respeto, abandono, adoración y entrega.

- ✓ **Tenemos gran necesidad de Jesús. ¿Por qué no suscitamos su compasión? ¿Se la pedimos? ¿Hemos experimentado su poder sanador? ¿No nos sentimos todavía lo suficientemente enfermos como para pedirle al Maestro que nos salve?**

El acto de culto del samaritano leproso, –doblemente marginado por su raza y por su enfermedad- muestra la nueva realidad del Reino: los pequeños son los que comprenden la revelación, no los que se creen muy capaces (Lc 10,21). ¡Qué peligro acecha a quienes se habitúan a Dios y someten su relación con Él, a la lógica de los derechos adquiridos! El primer encuentro entre Jesús y los 10 leprosos sigue la dinámica de la ‘petición-respuesta’; el segundo, el de la ‘gratitud- y la salvación’.



III. ORAMOS nuestra vida desde este texto

Padre Dios, concédenos parecernos al samaritano, que viéndose curado tuvo el valor de regresar a buscar a tu Hijo. Sólo en Él podemos encontrar la salud. Que seamos capaces de obedecer lo que nos pide y que nuestros actos sean prueba de nuestro reconocimiento y expresen la alegría que nos da saber que te compadeces de nuestras enfermedades.

Que trabajemos porque los que tenemos cerca, también te vean... ¡Cuánta falta nos hace ver y verte en nuestra vida! Que no busquemos privilegios de ninguna naturaleza, sino que comprendamos cada vez más tu amor misericordioso, que nace del tu amor infinito. **Amén.**